

# **Jardines Históricos y Paisajes Culturales: nuestro patrimonio ambiental. La experiencia de Europa del Norte**

**Robert de Jong**

Europa del Norte tal como se la denomina en el título no es lo mismo que el Norte geográfico de Europa. En la terminología geográfica contemporánea, el continente está dividido en Europa del Norte, Central, del Este y del Sur. Se habla de Europa del Oeste como de algo separado, como si tuviera algún significado especial. Esta denominación data del periodo de la así llamada Guerra Fría, tiempo en el que Europa estuvo dividida en dos bloques de poder por la Cortina de Hierro: el “Oeste libre” y el “Este comunista”. Esa división política se volvió obsoleta a fines de los '80 o principio de los '90, aunque persiste mental y culturalmente.

Actualmente, Europa se está uniendo bajo los auspicios de la Unión Europea. Inclusive, parte de los países del Bloque Oriental como Polonia y Hungría, podrían asociarse a la Unión –que al momento tiene quince estados miembros- en los próximos años.

Las raíces constitucionales de la Europa moderna están en la remodelación de las fronteras del continente, a partir del Congreso de Viena de 1815, que siguió a la conquista de Napoleón, dejando a las Islas Británicas y Europa Continental separadas por más que las aguas del Mar del Norte.

Cuando hablamos de Europa del Norte no sólo nos referimos a los países de Escandinavia, Noruega, Suecia y Finlandia, sino también a naciones como Alemania, Reino Unido, Irlanda, Polonia, Hungría, Austria, la República Checa, Suiza, Francia, Bélgica y los Países Bajos.

En otras palabras, Europa del Norte abarca el área al norte de los Alpes. Esta división nos indica claramente que el Continente –con sus diferentes pueblos, culturas y naciones- no es una entidad singular.

## **Jardines y paisajes históricos en la cultura Europea**

Como en todas partes del mundo, la historia de Europa ha visto crecer y caer diversas civilizaciones y culturas como la griega y la romana, aunque siguieran influyendo aún mucho después de su desaparición. La historia de Europa está forjada por guerras y

revoluciones, cambios culturales, declinaciones y renacimientos, hostilidades y reconciliaciones.

Rey, emperador, iglesia o mercader: cualquiera con poder lo demostró construyendo con pompa y circunstancia. La arquitectura y el desarrollo urbano fueron usados a través de los siglos –en algunos casos muy deliberadamente- para expresar ideas políticas, convicciones religiosas o conceptos sociales.

El cuidado de monumentos, tal como lo conocemos en la actualidad en Europa, tiene sus raíces a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Sus conceptos, teorías y lenguaje se desarrollaron primero en países como Inglaterra, Francia, Alemania, Austria e Italia durante la llamada era del Iluminismo o era de la Razón. Durante este período ya no fue la remembranza la que definía el significado de las cosas: se sistematizó la ciencia y la prueba se volvió su leitmotiv. La relación tradicional entre Dios, el hombre, la naturaleza y la razón cambió y bajo este nuevo pensamiento, ya no era la divinidad quien definía la forma del mundo.

Los filósofos alemanes dirigieron su atención al tema de la “estética” (Alexander Gottlieb Baumgarten, 1714 - 62; Immanuel Kant, 1724 -1804: “Critique of Pure Reason”, 1790; Georg Hegel, 1770 – 1831). Se desarrollan nuevas ideas y conceptos sobre qué es la historia en Italia (Giovanni Battista Vico 1668-1744) y en Alemania (Johann Herder, 1744 –1803). El pasado comenzó a ser considerado como la historia colectiva y social de los pueblos, clasificable en períodos y regiones (“pluralismo cultural”), cada uno con su propio estilo y clima espiritual. Las fuentes históricas tuvieron que ser chequeadas para ser confiables.

Apareció por primera vez el concepto de nacionalidad. Se hablaba de la nación como si fuera un principio espiritual (Ernest Renan, 1823-1892: Qué es una Nación, 1882). Una de las características formadoras de una nación fue la posesión común de una herencia de memoria compartida. Aún desde la formación de los nuevos estados a principios del siglo XIX, la “memoria colectiva” fue alentada deliberadamente.

Términos como arte, historia y herencia ganaron un significado diferente. Por siglos las artes visuales habían continuado el uso de las ideas del filósofo griego Platón, acerca de la “Teoría de la imitación” del arte como su base para interpretar tanto al mundo visible como invisible. En esta línea de pensamiento, la imitación artística es un reflejo de los “otros”.

Con su “Historia del Arte de la Antigüedad” (Roma, 1763), Winckelmann (1717-1768) estableció las bases de la historia del arte moderno y la arqueología. Dibujó una clara distinción entre originales y copias, dándole a los primeros mayor significación que a los últimos. Como resultado, la autenticidad gana mayor valor en la cultura occidental y la “pátina de la edad” es más estimada.

El arte y la arquitectura históricos deben ser preservados porque son expresiones culturales únicas, a través de las cuales se reflejan las identidades nacionales.

En la arquitectura de jardines y paisaje, el concepto de “pintoresco” ganó amplio apoyo entre mecenas y arquitectos hacia fines del siglo XVIII. Las ilustraciones pintoresquistas se pusieron de moda, inclusive en los títulos de los libros de viaje. Para los teóricos del Pintoresquismo, había una gran libertad en “la jardinería y un mayor respeto por el crecimiento orgánico libre en la naturaleza y por la forma en que el tiempo y los accidentes moldeaban un paisaje” (Andrews).

En este “manejo cuidadoso de los desarrollos espontáneos de la naturaleza” ya había “un inicio de la conservación del paisaje de fines de siglo” (ídem).

Los cambios políticos y sociales trajeron el fin del absolutismo monárquico en el oeste de Europa. Luis XIV (1638 - 1715), apoteosis del monarca en la historia, era mirado como ejemplo por las cortes reales, seculares o religiosas a través de toda Europa continental. Inclusive los Zares de Rusia miraron el ejemplo del Rey Sol en Versalles para inspirar sus palacios y jardines.

Pero fue también en Francia donde estalló la revolución que cambiaría a toda Europa. La aparición de la Burguesía y un proceso final de democratización se expandieron a través de buena parte del continente durante el siglo XIX. Al mismo tiempo, la turbulencia y la destrucción de los franceses y la subsecuente dominación Napoleónica de la mayor parte de Europa resultó en un interés principal “desde arriba” en la preservación de los monumentos. Esto ocurrió tanto en Alemania como en Francia: el Rey de Prusia ordenó un informe sobre la condición de las casas históricas, propiedad del estado en la cuenca del río Rin y Francia declaró “monumentos nacionales” a sus más importantes propiedades históricas.

En este punto es interesante detenernos para ver como un contemporáneo de Luis XIV, el Duque de Saint-Simon respondió a la construcción del Palacio de Versalles y sus parques. El Duque escribió que en Versalles extrañaba las hermosas vistas y praderas de su antiguo hogar en Saint Germain, desde donde el Rey Sol había mudado su corte y gobierno en 1682. En sus memorias Saint-Simon escribió que Luis XIV “disfrutó de tiranizar la naturaleza y sujetarla mediante artificios”. Sobre los ahora tan famosos jardines, escribió “De tan mal gusto son los jardines, a pesar de su vastedad impresionante, que no pueden ser disfrutados. Para alcanzar sus frescas sombras uno debe primero atravesar una planicie escaldante y al final de ésta trepar una colina. La grava quema los pies, pero sin ella uno se hundiría en arena o pantano. Causa náuseas ver con qué fuerza la naturaleza fue suprimida en todas partes...”.

El mismo Rey escribió una guía para visitantes a los Jardines de Versalles, que abre con la siguiente instrucción: “ Al dejar el Castillo por el vestíbulo del Patio de Mármol salga hacia la Terraza y deténgase para mirar desde arriba el diseño de los parterres, los estanques y las fuentes”.

Esto originó una respuesta crítica del Duque quien escribió que “... todo fue concebido desde el balcón porque el Rey evitaba bajar...”, los jardines y el parque están diseñados desde la perspectiva de un monarca absoluto, que supervisa su mundo desde arriba y lo sujeta a su poder y control, convirtiéndose a si mismo en el propio corazón del diseño. El palacio y los

jardines de Versalles, son la representación de un estado centralizado y autocrático, en el cual la simetría y la línea recta convergen hacia la figura central: el Rey.

El ensayista inglés Joseph Addison (1672–1719) articula el contraste entre lo pintoresco y lo formal. A su forma de ver, imagina el paisaje como pintoresco, un verdadero paraíso en la tierra. Da una descripción que también puede ser tomada como un ejemplo de las ideas del paisajismo Inglés “ El lugar estaba cubierto con una maravillosa profusión de flores, que sin ser dispuestas en borduras y parterres regulares, crecían promiscuamente y eran de gran belleza en su desorden natural, de manera tal que podrían haber correspondido a las reglas del arte mismo. Fue maravilloso atravesar este delicioso sitio especialmente porque no había cercas y ni cerramientos...” (The Tatler, N° 161, Abril, 1710).

El absolutismo francés y el liberalismo inglés son opuestos directos en arquitectura del jardín y el paisaje. Los verdaderos paisajes reflejan dos mundos completamente diferentes en sus ideas y expresión social. El paisaje, ocupado por el hombre, no es sólo naturaleza y tampoco sólo un símbolo visual textual o semántico. También es un reflejo directo del poder, de las relaciones del poder y de las identidades sociales. La historia del paisaje por lo tanto no sólo es dominio de la historia arquitectónica sino también de la historia sociocultural de un estado o nación. En términos generales la historia del paisaje puede ser vista de dos maneras.

“El primer intento de leer la historia del paisaje fue primariamente realizado sobre la base de la historia de la pintura y de narrarla como un movimiento progresivo hacia la purificación del campo visual; el segundo tendió a disminuir el rol de la pintura y la visualización formal pura hacia un acercamiento semiótico y hermeneútico, que trato al paisaje como una alegoría de temas psicológicos o ideológicos”. Esto fue escrito por W.J.T. Mitchell en la introducción de su colección de ensayos Paisaje y Poder (1944). Aquí Mitchell se refiere al paisaje imperial. Al hacerlo se plantea “ ¿Es posible que el paisaje comprendido como la “invención” histórica de un nuevo medio visual / pictórico, esté integralmente conectado con el Imperialismo? ”. Para él “... como mínimo necesitamos explorar la posibilidad que la representación del paisaje sea no sólo un tema de política interna nacional o de ideología de clases sino también un fenómeno global internacional íntimamente ligado con los discursos del Imperialismo.”

Como ejemplos cita a China, Japón, Roma, Holanda y Francia del siglo XVII y Gran Bretaña del Siglo XVIII y XIX. Define Imperialismo como sigue: “Imperialismo no es un fenómeno homogéneo simple y singular sino un complejo sistema de expansión y dominación cultural política y económica que varía según los lugares, los pueblos y los momentos históricos”.

La geometría y el manejo de la perspectiva juegan un rol fundamental en el Clasicismo Francés. La perspectiva organizó el espacio y manipuló la experiencia visual, resultando en el “estilo formal”.

La composición, estilo y narrativa del paisajismo inglés están en contraste agudo con esto. Tal jardín se divide en frente y fondo, una técnica tomada de los métodos de pintura. El fondo natural se acentúa y dramatiza creando las vistas con ayuda de la misma naturaleza.

Se ha dicho que: “el jardín de la Inglaterra del Siglo XVIII se convirtió en un laboratorio verde para experimentos estéticos” (Malcom Andrews).

El iluminado monarca Leopoldo III (1740 – 1817), transformó su territorio - un pequeño reino al sur de Berlín en Alemania- en un sinfín de parques y jardines. El Rey logró lo que el poeta romano Horacio había proclamado una unión de lo útil con lo agradable (en italiano “dolce utili”). Creó un paisaje cultural no sólo para él sino también para sus súbditos. O como escribió un contemporáneo “un jardín para la gente” (Abegg, Diario de Viaje, 1798).

Aquí “naturaleza y arte” se combinaron, al igual que la ecología y la economía. La vida rural -tal como lo expresaba el poeta romano Virgilio en su “Georgica”- no fue suficientemente glorificada pero fue practicada en la realidad durante 300 años. Como un lugar “de excepcional importancia universal”, este “Gartenreich” fue declarado patrimonio mundial por la UNESCO en el año 2000.

En el diseño inglés vemos la frontera entre “tierra cultivada de un jardín establecido y lo adyacente, no tocado, no cultivado y, por ende, inhóspito”. El “locus amoenus” es buscado más en lo salvaje de lo inhóspito. La frontera entre lo establecido y el mundo adyacente se remueve mediante el uso de cercos hundidos o sumergidos (ha-has) que conectan el jardín con el paisaje que lo rodea sin interrumpir la visual. (William Kent, 1685-1748, en Stowe, Buckinghamshire, jardinero comisionado por Lord Cobham).

La casa se ubica en el paisaje en lugar de separarla de él. De esta manera, la misma naturaleza se convierte en “locus amoenus”, el lugar placentero, un tema que ha sido constante en el diseño de jardines desde la era clásica.

En la Europa del siglo XIX, particularmente Europa del Oeste y Central, la imagen del paisaje agrícola –hasta entonces protagonista- cambió. La Revolución Industrial que se desarrollaba desde el siglo XVIII, creó “paisajes industriales” que comenzaron a expandirse rápidamente. Se hizo accesible el paisaje mediante la construcción de una red de canales, caminos y rieles y, al mismo tiempo, cambió la percepción del tiempo, la velocidad, las distancias y, por ende, del espacio.

Se limitó cada vez menos el espacio. Los paisajistas comenzaron a considerarse a sí mismos como artífices del embellecimiento del entorno campestre, con el patronato de nobles o aristócratas como Hermann, Príncipe de Pückler-Muskau, (1785-1871), Peter Joseph Lenné (1789-1866) y Eduard Petzold (1815-1891) en Alemania y Edouard André (1840-1911) en Francia.

Durante el siglo XX, esta remoción de las fronteras espaciales se volvió uno de los factores claves en la arquitectura y el planeamiento urbano, en el ‘Nieuwe Bouwen’, en el Funcionalismo y en el Estilo Internacional. Se creó el ‘espacio universal’.

Del mismo modo, las ciudades establecieron lazos con el paisaje. Munich, en Alemania, ganó su Englischer Garten (1789) por encargo de Karl Theodor, Elector de Baviera (1724-1799) a partir del proyecto del arquitecto paisajista Friedrich Ludwig von Sckell (1750-

1823), Director de Jardines en Schwetzingen. Fue el americano Sir Benjamin Thompson, noble de Rumford (1753-1814) quien alentó a Theodor en su empresa. Había llegado para modernizar al ejército de Baviera y por su sugerencia personal, el Englischer Garten -que originalmente había sido pensado como campo de desfiles- fue adaptado para uso y beneficio de los habitantes.

Una a una, las construcciones defensivas de las ciudades fueron dejando lugar a parques, jardines públicos y explanadas. Viena, por ejemplo, se liberó de la constricción que causaba la Ringstrasse (desde 1857) que había sido construida por órdenes de Francisco José I (1830-1916). Donde hubo antiguas fortificaciones, fueron levantadas alineaciones de edificios majestuosos y culturales de uso público, sobre franjas verdes que rodearon el viejo centro de la ciudad. Viena y París fueron, durante el siglo XIX, las ciudades líderes en el planeamiento urbano del continente europeo.

Hacer de la naturaleza parte del entorno abierto público, bajo la forma de un parque urbano, fue tarea principal de los planificadores. La ciudad se introducía en el paisaje. Fuera de ella, se buscaban formas de hacer que el paisaje industrializado tomara una escala más humana. Una de las respuestas fue la creación del jardín urbano (Ebenezer Howard: Garden Cities of Tomorrow, 1898). Eventualmente, el concepto de jardín urbano sirvió como modelo de planificación de los suburbios, donde naturaleza y edificios estaban uno al lado del otro.

El diseño se dividió en dos ramas durante el siglo XIX. Uno de esos movimientos tiene sus raíces en el arte (la Escuela de Bellas Artes de París) y la otra en la evolución tecnológica (en Francia, la Escuela Politécnica, fundada en 1794).

En conjunto, todos los desarrollos resultaron finalmente en que se asignaron diferentes funciones a la ciudad y al entorno campestre. Esto fue expresado en 1928 por el CIAM (International Congress for Modern Architecture), en la Declaración de La Sarraz:

“ El planeamiento urbano es la organización funcional simultánea de la vida colectiva en la ciudad y en su entorno. El planeamiento urbano nunca debe ser determinado por consideraciones estéticas sino sólo por conclusiones funcionales.” (Declaración de La Sarraz, 1928, II, Planeamiento Urbano y Regional, 1.)

Estos conceptos fueron reiterados en los Estatutos del Congreso de Atenas, en 1933.

Los conceptos funcionales de ciudad y paisaje fueron, de esta manera, definidos científicamente y fueron resultado de extensos análisis teóricos. Gran parte del paisaje de Europa del Oeste se tornó ‘tecnocrático’ durante el siglo XX, con diferentes funciones, separadas unas de otras. La ‘producción de paisajes monoculturales’ estuvo a la orden del día, mezclada con la planeada naturaleza silvestre en los parques nacionales. O, para ponerlo de otro modo, el siglo XX totalizó el paisaje, formalizando su existencia en convenciones, cartas, declaraciones y regulaciones legales.

Tal como escribió Simon Schama en su “Paisaje y Memoria”:

“...los paisajes diseñados son cultura antes que naturaleza; construcciones de la imaginación que se tornan en piedra, madera y agua... Pero también debería saberse que una vez que una cierta idea de paisaje, un mito, una visión, se establece por sí misma en un sitio real, tiene

una manera peculiar de cambiar de categoría, de construir metáforas más reales que sus referentes; de volverse, de hecho, parte del escenario.”

Dos Guerras Mundiales y la subsecuente separación del Este y el Oeste europeos, con todas sus diferencias políticas, sociales y económicas que ésta trajo aparejadas, la preocupación ambiental que ocasionó la crisis energética de principios de los '70 (Estocolmo, 1972) y el rápido incremento del turismo hicieron que el paisaje europeo haya perdido gran parte de su identidad.

La frontera entre paisaje y arte se disolvió totalmente durante el siglo XX, cuando el paisaje se volvió arte en sí mismo en los trabajos relacionados al Arte de la Tierra (Robert Morris, Noordoostpolder, Observatorium, Holanda, 1977).

### **Los jardines y paisajes, nuestra herencia cultural**

Europa se debate actualmente bajo el peso de su rica herencia cultural de paisajes, jardines y parques históricos. De hecho, ni siquiera se conoce la totalidad de esa herencia. Algunos países no han completado inventarios exhaustivos ni descripciones de sus jardines y parques históricos –por no mencionar el valor cultural de los paisajes del pasado.

Las estructuras e infraestructuras económicas y sociales dentro y fuera de los sitios históricos cambiaron totalmente durante el siglo XX, con modelos de propiedad, función y generación de renta diferentes a los construidos a través de los siglos. Diferentes razones originaron estos cambios, entre las cuales pueden mencionarse la desaparición de las cortes reales, la dilución de la posición tradicional de la nobleza, las guerras mundiales, las crisis financieras, la nacionalización de palacios y castillos, la declinación de la propiedad de tierras a gran escala y el crecimiento de las ciudades.

Muchos establecimientos cayeron en manos estatales, nacionales o municipales. En casi todos los casos, fueron abiertos al público, abandonándose los trabajos de mantenimiento exhaustivo necesarios o, a lo sumo, haciendo una extraña jardinería en macetas en los alrededores sin una visión totalizadora del conjunto.

En el Reino Unido, estos procesos se desarrollaron de manera diferente y continúan haciéndolo. En Inglaterra y en Gales, el National Trust –fundado en 1895 y actualmente propietario de 250 casas y 160 jardines históricos- juega un importante y poderoso rol.

En Alemania, una vez abolida la dinastía Hohenzollern, se formó un cuerpo estatal para manejar los antiguos palacios y parques reales: la Administración Estatal de Castillos y Parques, 1927, que luego se transformó en la Fundación de Castillos y Parques Prusianos de Berlín y Brandenburgo. Las casas se han reabierto como museos o se convirtieron en hoteles, oficinas o centros de convenciones desde principios del siglo XX, siendo la propiedad privada cada vez más excepcional.

Durante el período comunista, muchos de los edificios históricos en Europa del Este fueron convertidos en centros de atención comunitaria como hospitales, casas para ancianos, para huérfanos o escuelas. Unos pocos se exhibieron o fueron sede de instituciones científicas,

como el Wilanow, en Polonia. Pero la mayoría se degradaron por el abandono (Bobrów, Polonia). Es casi imposible calcular cuánto de la herencia cultural de esta parte de Europa se perdió en el transcurso de unas pocas décadas.

Los parques y jardines públicos se han convertido en parte integral de la imagen y la identidad de una ciudad, del planeamiento urbano y del diseño. Casi de manera universal, su costo de mantenimiento ha excedido a las partidas asignadas en los presupuestos gubernamentales, lo que llevó originalmente a recortes, seguidos por la contratación de empresas privadas más tarde. De esta manera, se convirtió al mantenimiento de espacios públicos en una mera cuestión de costos.

Muchos países no tienen legislación que permita que parques y jardines históricos sean declarados Monumento Nacional. Austria, por siglos una potencia con una riquísima historia en palacios y parques, sólo ha protegido 56 de sus parques y jardines más importantes a partir de 1999. Holanda, por su parte, está completando su lista de varios cientos de áreas protegidas.

Al contrario de lo que sucede con los Parques Nacionales, que más tienen que ver con la naturaleza que con la cultura, los ‘paisajes culturales’ difícilmente se encuentran señalados en los mapas. Pero esto está cambiando: a medida que Europa se une, las naciones involucradas están poniendo mayor énfasis en su identidad, su individualidad y su historia. El proceso de urbanización, al mismo tiempo, también está dejando en claro que el paisaje tiene un valor cultural por derecho propio.

Ahora, tras años de debate, el Consejo Europeo ha adoptado la Convención Europea del Paisaje, ratificada por el Comité de Ministros en el 2000. En los próximos años, los países tendrán la oportunidad, individualmente, de adoptar tal Convención, aunque aún no queda claro cuál será el interés político en esto. El debate internacional sobre restauración está siendo conducido desde la experiencia de un relativamente pequeño número de obras de reconstrucción de parques y jardines.

En Alemania, por ejemplo, existe Herrenhausen, cerca de Hanover, llamada ‘Grosser Garten’ (Ernst-August y Sophie), que pasó a ser propiedad municipal en 1936. El parque había sido abandonado cuando se comenzó la restauración. Interrumpida por la Segunda Guerra Mundial –que dejó sus propias marcas en el jardín- se retomó en 1958 con un plan de restauración de siete años de duración. Por muchos años, la comunidad profesional se embarcó en un debate sobre autenticidad y reconstrucción, uso de materiales y funciones.

Muy diferentes –no una restauración sino el trabajo entusiasta de un conocedor- son los jardines del Chateau de Villandry, en Francia, de principios del siglo XX. Son una creación erudita del español Joaquín Carvallo (1869-1936), fundador, además, de la organización ‘Demeure historique’ (Residencia Histórica). Los jardines de Villandry –un huerto, un jardín ornamental y un jardín acuático- fueron inspirados en trabajos tales como el famoso ‘Los más excelentes edificios de Francia’ de 1576-79 (Androuët du Cerceau, 1510-1584) y Monasterios de Francia, con sus dibujos en perspectiva de las abadías benedictinas principales, tal como eran a fines del siglo XVII.



La restauración de los parques barrocos recibió mayor atención que la de los paisajísticos. En 1975, Holanda decidió suplantarse los jardines paisajísticos del siglo XIX, ubicados detrás del Palais Het Loo, en Apeldoorn, con una reconstrucción del diseño formal original de fines del siglo XVII. La existencia de tal diseño original fue sugerida analizando pinturas y descripciones y confirmada por investigación arqueológica. El proyecto formó parte de la reconversión del antiguo palacio en museo, una aventura de largo plazo que hizo historia y que, hoy en día, es citada en los congresos internacionales sobre historia de la arquitectura del paisaje como un ejemplo de cómo deben hacerse las cosas.

Con igual espíritu, aunque mucho más reciente, es la restauración llevada a cabo entre 1991 y 1995 del ‘Jardín Privado del Rey’ en Hampton Court Palace, en Inglaterra. El Jefe Ejecutivo de los Palacios Reales Históricos, David Beeton, describió el trabajo en los siguientes términos:

“Este logro es también un hito en la historia de los jardines y en la arqueología. Nunca antes ha sido posible recrear un jardín de tanta importancia con tal seguridad y a tan alto nivel...”

Las décadas recientes han visto comenzar otros proyectos de restauración. Por ejemplo, desde 1990, el del parque del Castillo de Versalles en Francia –declarado patrimonio mundial por UNESCO en 1979-; en Alemania, los jardines paisajísticos de Wörlitz (patrimonio mundial desde el 2000) y el paisaje cultural conformado por la alineación física o visual de los palacios a orillas del Lago Havel, en Berlín y Potsdam (patrimonios de la humanidad desde 1990 y 1992).

El famoso parque de Schwetzingen (Carl Theodor, 1724-1799, jardines diseñados en 1753 por Johann Ludwig Petri), también en Alemania, está actualmente siendo cuidadosamente restaurado. Polonia y Alemania (Estado de Sajonia) están trabajando juntas para restaurar y revitalizar el parque Muzakowsky, que ocupa ambas fronteras a ambos lados del Río Neisse, en Bad Muskau/Leknica. El parque fue diseñado y establecido a principios del siglo XIX –desde 1811- por el Príncipe Hermann von Pückler-Muskau.

Alemania ha hecho grandes esfuerzos en este campo. Berlín, por ejemplo, tiene ya más de 20 años de ver a parques y jardines históricos –públicos y privados- como parte importante de la conservación de monumentos para beneficio de la ciudad y de la comunidad urbana. A principios de 1999, la lista de monumentos urbanos ya incluía 500 espacios verdes, desde cementerios hasta jardines privados, jardines de castillos y plazas.

En Viena, mientras tanto, los parques y jardines que rodean el Palacio Schönbrunn –diseñados por Jean Trehet (1705-6), Adrian van Steckhofen (1753) Y Johann Ferdinand Hetzendorf (1772) –patrimonio de la humanidad desde 1996- han venido recibiendo un proceso de restauración durante los últimos años, al igual que los del Palacio Belvedere, diseñado por Lukas von Hildebrandt, Anton Zinner y Dominique Girard (1700-1723).

El rol que juegan las iniciativas voluntarias privadas en la preservación de parques y jardines históricos no puede subestimarse. Monitorean, controlan y alientan a los gobiernos a la acción, asumiendo muchas veces el papel de los antiguos propietarios del área. Numerosas organizaciones internacionales, nacionales, regionales o locales realizan esta

tarea de diferentes formas, manteniéndose en contacto entre ellas en el ámbito internacional, a través de la Red Europea de Organizaciones para el Patrimonio Nacional (ENNHO).

Específicamente, qué es lo que hace el sector privado? Una de estas organizaciones, la Unión de Asociaciones de Casas Históricas Europeas, se concentra sobre el régimen impositivo que afecta a los propietarios privados de casas históricas. Varios años atrás, se compararon los impuestos en una amplio rango de naciones europeas y se encontraron enormes diferencias entre unas y otras. Las naciones pueden hacer mucho para alentar a la preservación de estas propiedades históricas introduciendo regímenes favorables de impuestos al capital y a la herencia. En Holanda, por ejemplo, no se aplican impuestos a propiedades de este tipo que cumplan con ciertas condiciones como ser abiertas al público por períodos de 25 años o más.

Las organizaciones privadas internacionales, como Europa Nostra, otorgan premios a trabajos de restauración, que estimulan y recompensan tales tareas. Ya hemos mencionado al National Trust en el Reino Unido. En Alemania, existe una cantidad de organizaciones similares –como el Deutsche Burgenvereinigung eV (Asociación para la preservación de los castillos alemanes), fundada en 1899- así como agencias gubernamentales o semi-gubernamentales que administran las antiguas propiedades reales como la Administración de los Castillos y Jardines de Hessen o la Fundación para Castillos y Jardines Prusianos de Berlín y Brandenburgo.

En Austria, la Sociedad de Jardines Históricos Austríacos tiene miles de miembros, al igual que la Fundación para los Jardines Holandeses, en los Países Bajos. Estos pocos ejemplos muestran de que manera está el público interesado en los jardines. Y este interés es muy grande: no sólo Sissinghurst, en Inglaterra –el jardín de 1930 propiedad de la escritora Vita Sackville-West y su esposo Harold Nicolson- está repleto de visitantes. Schönbrunn espera un total de 1 millón anual de visitantes mientras que las propiedades en Inglaterra y Gales del National Trust reciben a 11.7 millones de personas cada año.

Un parque de esta clase conforma un ámbito ideal para una cantidad de eventos: ferias públicas de plantas o para el hogar, festivales, exhibiciones de escultura moderna o el lanzamiento de un nuevo modelo de auto. Muchas casas históricas han sido convertidas en “hoteles patrimoniales”.

El turismo cultural ha descubierto el jardín: la cantidad de visitas disponibles a jardines se incrementa de año en año. En muchos países, el Día de Monumentos Abiertos – monumentos que normalmente se hallan cerrados, se abren al público por un día- que anualmente se realiza en septiembre, se ha vuelto una institución, con interés enorme por parte de los visitantes.

El patrimonio no sólo es parte de la política cultural sino que ha ganado enorme importancia económica. Existen en la actualidad una “industria del patrimonio” y una “industria de la cultura”, términos que no resultan extraños, junto a todo el desarrollo y manejos estratégicos que implican.

El patrimonio cultural implica, del mismo modo, uso y abuso. El turismo cultural demanda reconstrucciones del pasado o lo que se conoce como "historia viviente". Macroeconómicamente, nuestro patrimonio cultural está alcanzando cada vez mayor significación y valor financiero pero, en lo que hace a la microeconomía, es difícil compensar los costos originados por el mantenimiento necesario, lo que obliga a los gobiernos a compensar estas diferencias, asumiendo un rol social imprescindible.

La Comisión Europea ha apoyado financieramente diferentes proyectos para jardines históricos. En 1993, por ejemplo, 66 proyectos de varios países ganaron premios y apoyo y en 1999-2000, bajo la denominación "Barcho", la Comisión condujo un proyecto de asociación entre Italia, Francia y los Países Bajos (Respell, Ambleville y Beeckesteyn).

Varios años atrás, la UNESCO proyectó "Los Espacios del Barroco", cuyo objetivo era "estimular el conocimiento internacional, la experiencia y el intercambio de información". Holanda fue uno de los países participantes (Kastel Neercane, 1995).

El paisaje es un tema complejo: es preferible referirse a los "paisajes" más desde un punto de vista cultural que geográfico. Prácticamente toda Europa es una sucesión de paisajes creados por el hombre, uno sobre el otro, repletos de ruinas arqueológicas, avanzando hacia el deshumanizado paisaje tecnológico de la actualidad. (Noordoospolder, Lelystad, desde 1988).

Hay varias formas de aproximarse a la interpretación de paisajes históricos: la de la supuesta armonía entre el hombre y el ambiente; la de cómo el espacio, el lugar o la región de un país determina la historia social de los pueblos (geohistoria, de los Anales de la Escuela Francesa, Fernand Braudel) y, por último, la que atrae el mayor interés: ver al paisaje como un libro de texto que provee información sobre las relaciones sociales, económicas y políticas del pasado.

Una cosa está clara: durante los últimos diez años se ha prestado mucha más atención a lo que significa la historia del paisaje para el futuro. La Convención Mundial sobre el Patrimonio de la UNESCO en 1972 permitió a los países la proposición de paisajes culturales como sitios patrimonio de la humanidad, algo que han venido haciendo con más y más frecuencia.

Algunos ejemplos que pueden mencionarse en Europa del Norte son Wachau, un área de producción de vinos a lo largo del Danubio, en Austria, (desde el 2000); gran parte del Valle del Loire, en Francia, entre Sully-sur-Loire y Chalonnes (2000); el paisaje cultural Lednice-Valtice en la República Checa (1996) o el polder del siglo XVII, De Beemster (1999) en Holanda.

En el pasado, las rutas constituyeron una forma esencia de extender la cultura. Considérense por ejemplo las rutas de los peregrinos desde varios lugares de Europa a Santiago de Compostela –partes del área son actualmente patrimonio de la humanidad tanto en Francia como en España (1996-1999)- o la romana Via Appia, cerca de Roma.

La cuestión de cómo se incorporarán tales áreas al futuro desarrollo y planeamiento urbano y social, como parte de un desarrollo integral, será sin dudas el tema de muchos congresos en el futuro.

El Comité Internacional para Jardines y Sitios Históricos (ICOMOS-IFLA) –tal como se conoció a este comité de expertos hasta 1999 y que, por decisión de ICOMOS (Consejo Internacional de Monumentos y Sitios) cambiara su denominación a Comité Internacional de Jardines Históricos y Paisajes Culturales- ha ejercido una influencia directa en la concientización acerca de la importancia de los jardines y parques históricos en Europa.

Creado por iniciativa del paisajista belga René Pechère y la alemana Gerda Gollwitzer, el Comité ha venido estimulando –desde su primera reunión en Fontainebleau, Francia- el trabajo de la UNESCO en Sitios Patrimonio de la Humanidad a través de sus recomendaciones y sus congresos internacionales frecuentes (originalmente bianuales y actualmente anuales). El Comité trabaja persistentemente para proteger y rehabilitar este aspecto de nuestra herencia cultural y para incrementar la conciencia pública y política.

También es activo en el aspecto teórico y práctico que sostiene esta actividad. En 1981, se formuló una Carta Internacional para parques y jardines, la Carta de Florencia, que fue luego adoptada oficialmente por ICOMOS y que permitió al Comité tener material de discusión sobre paisajes históricos culturales.

Aunque los nombrados fueron los pioneros, fue la segunda Presidente al Comité, Dña. Carmen Añón-Feliú, quien con diplomacia y autoridad consolidó la institución a nivel internacional, de manera que otras partes del mundo pueden ahora hacer uso de la experiencia y los conocimientos. Consideramos que es éste uno de nuestros principales objetivos en el futuro cercano.

El Comité ICOMOS-IFLA agradece a la nación que nos hospeda, Argentina, la posibilidad de hacerlo, esta vez, en Buenos Aires.